





JORGE EDWARDS SE PUSO TEATRERO

Teatrero, pero no por "deseoso de llamar la atención", como traduce el término la Real Academia Española, sino porque después de una trayectoria literaria cuajada de importantes premios, prueba suerte en las tablas con *El anfitrión*. Personalmente súper satisfecho con el resultado de esta aventura, advierte que en el Teatro Alcalá penan las ánimas, dado que toda la atención de los medios se la ha llevado *Prat*. De lo suyo, ni una letra: cosas de Chilito, nomás. FOTOS LEO VIDAL

Gloriosos podríamos decir que son los 71 años de Jorge Edwards. De su talento ni hablar: con un artículo de éstos que culminan con el Premio Cervantes (1999), que llenó de orgullo al país.

Más buennazo que cuando tenía todo su pelo. Cuidadoso de la línea que mantiene, aunque no le hace asco a la buena mesa ni al buen whisky. Consumado bailarín, se lució en las pistas del Hotel Explora de San Pedro de Atacama durante el *teakny* al que invitó Corzo hace un par de semanas.

Mejor contador de historias que la mismísima Shakespeare, con la ventaja de que sus héroes pueden ser tan pronto el rey de España como Joaquín Edwards Bello, primo hermano de su severo padre—quien miraba al cronista como un loco de pátio—, y del que Jorge ha hecho una *Anatología de Familia* recién puesta en circulación.

Pero quizá lo mejor de todo, además de su caracter quoador de la vida—incluidas por cierto las mujeres bellitas—, es su capacidad de ver lo divertido de las situaciones más serias, incluso con los personajes de ficción.

—En *El sueño de la historia, la simpatía por Manolita, la infidelísima esposa de Toinco, o usted se le nota a la legua...*

—No, sólo me dejé encantar por ella, casada la pobre con ese arcaico tan feo y tan fome que nos legó La Moneda. Yo siento una atracción muy especial por las "mujeres galantes" como las llamaba Pope Donoso. Último que ahora casi no se dan. A lo mejor las socialité se han puesto más serias.

—En mi grupo de veinteañeros, e incluso siendo todavía colegiales, había mucha casada de gran zepelido y apariencia respetable, que no le secaba la vuelta a los juegos eróticos con nosotros que, como no tenemos ni un peso, las atendíamos gustosísimos, aunque nos ganaron por sus buenos años... Si hasta te las podías nombrar, lo que por cierto no voy a hacer!

la maldita rutina

El anfitrión teatral lo varó por más tiempo que lo usual en Santiago, lo que aprovechó no sólo para preocuparse

de la *Anatología de familia*, con la historia de Edwards Bello, sino de su propia *anatología* de columnas publicadas de preferencia en *La Segunda* y que pronto valdrá a circulación, aquí y en España.

Directo como es para contar de sus éxitos y de los que no lo son tanto, se apresura a advertir que en el Teatro Alcalá penan las ánimas, lo que no es de sorprender dado el silencio que ha rodeado a la obra: "Yo mismo he llamado a los críticos, pero todos están emboicados con *Prat* y la controversia suscitada por la imagen del héroe, aunque se trata de una obra muy menor, escrita por una principiante".

El, en cambio, quedó muy satisfecho con la adaptación que hizo Franklin Calceado de la novela, uno que apenas hizo unos pequeños ajustes por aquí y por allá.

—¿Cómo llegaron a este acuerdo con Calceado?

—Siempre pensé que esta novela (de 1987) se prestaba para ponerla en escena. Pero los entendidos me disuadieron hasta que un día del año antepasado, Calceado se presentó aquí, en casa, con el guión escrito y me dijo: "Si le parece bien, podríamos intentar representarla". Tan bien me pareció, y tan buen actor consideré a Franklin desde verlo en el Teatro Cervantes de Buenos Aires, que lo empujé a que pidiera dinero al Fondart para materializar el proyecto. La primera solicitud no tuvo éxito. Al segundo año, resultó.

"Debe haber sido muy poca plata, pero el ingenio suplió la modestia de la puesta. Lo curioso es que el día del estreno, a la gente le encantó. La Delfina Guzmán, que caíamra que sabe de estas cosas, estuvo realmente entusiasmada, lo mismo que la Carmen Barros y tantos otros actores y directores que asistieron. Pero yo te digo, el silencio con nosotros y el alboroto con *Prat*, ha sido el naufragio actual de *El Anfitrión*. Ojalá que se revierta".

—Usted por ahí dijo que Santiago lo envejece, ¿no será una exageración?

—Puede ser. Pero ocurre que nuestra capital es para rutina. No se provoca la curiosidad que debe mantenerse siempre viva, y que es fluida, mientras que la rutina es roma. Si uno está en Madrid, mañana puede estar en Barcelona, en Sevilla, en Londres. Además, aquí todo el mundo vive en sus guetos. Los empresarios con los em-

presarios, los políticos con los políticos, los escritores con los escritores: en general, muy aburrido.

—¿Fate que hace unos días me llamaron de la televisión japonesa para que habláramos sobre la génta chilena. Eso me habría parecido divertido, pero por cuestión de horario no pudo ser. Era algo que romería la rutina, ¿verdad? Pero para hablar de Tumbalini...

—Y tras pasar *El anfitrión* al teatro, ¿también fue un acto de ruptura con la rutina, en este caso literario?

—Yo siempre fui teatrero. Siendo niño, con la Violeta Vidauré, mi prima y vecina, hacíamos teatro y buscábamos auditorio entre la gente de los días lunes. Escribíamos los libretos, jugábamos los papeles y nos arreglábamos el vestuario con lo que encontramos en los roperos.

A la Piles, mi mujer, la conocí en el Teatro de Ensayo. Tuéimos un grupo dramático con Pancho Hanebeus, Jaime Laso Jarpa, Enrique Libro, ella y yo. Óimos una pieza farsesca con algunos pasajes amorosos, cuyo nombre no me acuerdo, pero que no resultó de malado mal para nuestros 18 o 20 años y sin tener estudios formales aparte de la Piles. Luego tomé el camino de la literatura, pero sigo viendo mucho teatro durante mis viajes.

—El *anfitrión* es una versión farsesca y críolla de *Fausto*, lo que está acentuado en la versión teatral. ¿No será una irreverencia para los devotos de Goethe?

—Hay *Faustos* muy anteriores a Goethe. El primero era un mago de Alejandría. Los hubo en la Antigüedad y en la Edad Media europea. *Fausto* es el que sueña, pero hubo otro *Fausto* que quería volar: hizo la prueba y se sacó la cresta, por cierto. Mi *Fausto*, *Faustino*, es el hombre que quiere cambiar su pasado, tener una identidad distinta, un talquino comunista exiliado en Berlín Oriental, mira lo que puede ser eso. Y mi *Melistrófelo* es *Mefis*, un diablo a la chilena, ex obrero mecánico y ex interventor de una industria en el Norte Grande, exiliado en Berlín Occidental.

"El drama del exilio en Alemania lo conocí bien de cerca, por una beca literaria que se me concedió en ese país donde pasó un buen tiempo. Ahí estuve con Carlos Corda, Roberto Ampuero y tantos chilenos que aterrizaron por esas tierras".

—Ahora que menciona a Ampuero, ¿qué le parece

Jorge Edwards se puso teatrero [artículo] Toto Romero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Edwards se puso teatrero [artículo] Toto Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile